

“De la guerra civil a la guerra social: El crecimiento de las pandillas en Guatemala”

WILVER GARCÍA

Activista de Derechos Humanos

Ex-pandillero de la Mara Salvatrucha

I. La enorme población joven de Guatemala

Guatemala tiene una población eminentemente joven. El 70% de la población es menor de 30 años, cuenta con una población joven de entre 14 a 29 años que asciende a la cantidad de 3 millones 278 mil 598 jóvenes. La población del país se duplica cada diez años, lo que quiere decir que para el 2020 seremos 26 millones de habitantes.

Hoy día el tema de juventud es poco visible en la agenda pública. Como resultado de esto tenemos una baja atención hacia los jóvenes en sectores de vital importancia para su desarrollo, como los de educación, salud, seguridad, empleo, etc.

A pesar de estas cifras y de ser un país joven, en Guatemala nunca ha existido una Ley Nacional de Juventud, tampoco un Ministerio o entidad gubernamental que atienda a las demandas y necesidades de la juventud.

De acuerdo con un Informe de las Naciones Unidas, la violencia en Guatemala tuvo sólo en el 2,005 un costo económico 2,386 millones de dólares, equivalentes al 7.3% del PIB. Pero aún más allá de los costos económicos, no se puede soslayar las grandes pérdidas de vidas humanas, así la violencia sufrida día con día por miles de guatemaltecos y guatemaltecas. Lo anterior tiene como resultado la fuerte disminución de poder generar oportunidades reales de desarrollo para la sociedad.

Tomando en cuenta que el 70% de la población de Guatemala es menor de 30 años. Es preciso establecer estrategias de trabajo orientadas hacia la juventud, que tengan como objetivo contribuir a la consecución de una Seguridad Democrática en el país, sin embargo esto nunca se ha hecho.

Cada año alrededor de 150,000 jóvenes buscan incorporarse al mercado laboral, pero muy pocos tiene la oportunidad de lograrlo con éxito.

Más de la mitad de la población tiene menos de 20 años de edad. De estos, aproximadamente 6 millones, el 57 por ciento vive en condiciones de pobreza. El 37% entre los 7 y 14 años trabaja, la tasa de escolaridad en el nivel básico es de 35 por ciento. Alrededor de 6 mil menores de edad viven en la calle. 49.3 por ciento es el índice de desnutrición crónica.

“El país donde los niños trabajen y los adultos estén desempleados, la organización es una mierda” (Agusto Monterroso.)

II. La sociedad entera vive con temor

La sociedad entera vive con temor. Hoy en Guatemala la vida no vale nada.

En Guatemala se dan la misma cantidad de muertes diarias que en Bagdad. El 2008 fue declarado el año más violento en la historia del país. Varios analistas señalan que en Guatemala la guerra no ha terminado. Se pasó de una guerra civil a una guerra social.

WOLA¹ documenta 1,976 muertes de niños y jóvenes, evidenciando un crecimiento de 90% de ejecuciones extrajudiciales (02-06).

Ejemplo de ello es el caso de Maco., quien a sus 24 años, era uno de los responsables de la elaboración del Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2007 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que esta vez examinará el modelo económico del país. Nueve meses atrás El Periódico le había dedicado su portada dominical, bajo el título de “El talentoso Marco”.

Pero sus sueños terminaron el 13 de junio, cuando un motorista le disparó a quemarropa mientras conducía su vehículo. La bala mortal le perforó la cabeza. De los motivos, poco se sabe y hasta ahora todo parece indicar que fue víctima de un sicario que equivocó el encargo.

¹ WOLA (The Washington Office on Latin America) promueve los derechos humanos, la democracia y la justicia social y económica en Latinoamérica y el Caribe. WOLA facilita el diálogo entre los gobiernos y los actores no gubernamentales, da seguimiento al impacto de políticas y programas de los gobiernos y las organizaciones internacionales. Fundada en 1974 por una coalición de líderes cívicos y religiosos trabaja de manera estrecha con organizaciones de la sociedad civil e instituciones de gobierno de las Américas..

La historia de Marco es una fotografía del momento que vive Guatemala: la vida de cualquiera, con ideas sueños, preguntas y respuestas, vale casi nada. La muerte se pasea entre la pasmosa indiferencia e insensibilidad que produce la cotidianidad.

Convivir con la muerte se vuelve costumbre. “Delinquentes muestran 5 cabezas de decapitados en Guatemala”. “Reos sacan el corazón a profesor en Guatemala”

La muerte se ha acomodado entre los guatemaltecos, acompañada de su amiga la indiferencia. La cosa no era así antes, los muertos por violencia eran menos y la saña tampoco. Julio Figueroa, médico que tiene a su cargo las estadísticas del Hospital Nacional San Juan de Dios, recuerda cómo hace unos años los heridos eran heridos y punto. “Llegaban heridos por verdugillo o cualquier arma punzocortante, pero sobrevivían”. Ahora, dice, llegan muertos o casi muertos, la mayoría con balazos en la cabeza. “Les tiran a matar”.

Guatemala es el país donde los padres entierran a los hijos. Cada día 15 madres pierden a un hijo.

De acuerdo con la Comisión del Esclarecimiento Histórico (CEH), 14 de cada 100 personas torturadas en la década de los ochenta, eran niños.

III. Los hijos de la Guerra

La guerra supuso un rompimiento del tejido social y la institución de secuestros. Torturas, desapariciones y violaciones.

Bajo la lógica militar muchos de los derechos del niño fueron violados, esto sumado a un sistema económico que excluye a la juventud de la dinámica de consumo y empleo y a las políticas de deportación estadounidenses da como resultado una subalternidad y marginalidad que hoy conocemos como “maras”.

El miedo, la angustia, el dolor, la hambruna causada por las campañas militares, dejaron una generación vinculada a vivir procesos sin mañana. Una generación producto de violaciones, masacres, desapariciones y torturas: *Los Hijos de la Guerra*.

Junto con *los hijos de la guerra*, emerge también la “cultura del miedo”, la cual se ha convertido en una forma de ser y estar en Guatemala: el pánico, la violencia, la represión instalada entre los guatemaltecos. El temor ocupa todo en Guatemala, todo lo que te rodea es potencialmente violento, es como vivir en un ambiente de terror, constituye una “ecología del miedo”.

Las pandillas son utilizadas, su incidencia en la vida social está sobredimensionada. Se les estigmatiza.

El miedo que lo ocupa todo en Guatemala fragmenta la vida social, y esa fragmentación es gestionada desde el Estado justificando así la inexistencia de un proceso de construcción nacional más participativa e incluyente. Sirve así a la reproducción de un status quo que en Guatemala se caracteriza por enormes desigualdades.

Por otro lado, el contexto de Globalización introduce la expansión de la droga, la transnacionalización de las pandillas, desembarcan los deportados y las maras *Salvatruchas* y *Diezochos* con la cultura chola, como parte de organizaciones transnacionales de jóvenes que se consideran rivales y surgen en Los Ángeles. Se extienden por Centro América y México a raíz de las deportaciones en los noventa. Es entre 1989 y 1993 que entra la ley 187 y con ella los "three strikes you're out" que empiezan las deportaciones enviando a Centroamérica a gente que nunca había estado ahí, y que eran ciudadanos estadounidenses. Sin referencia de lugar ni del idioma muchas veces, hacían lo que podían. Así, las pandillas se extienden en Centro América, tomando características locales específicas, así como el control de pandillas locales.

Distintos estudios sociológicos sobre la generación de la posguerra, señalan a esta generación como "hija de la guerra", por ser la década de los ochenta la que constituye las más altas cifras de violencia y desapariciones forzadas. La guerra dejó cicatrices. Heridas que no dejan de sangrar. A esto hay que sumar, la clandestinidad, la militancia revolucionaria y el exilio.

IV. Origen de las Pandillas

Las pandillas o *bandas juveniles* -localizadas principalmente en contextos de exclusión y marginalidad como los son los asentamientos urbanos, en particular son sujetas del concepto de culturas subalternas, con ellas se refiere a las dimensiones expresivas de la experiencia social de los jóvenes a partir de la construcción de estilos de vida distintivos, localizados básicamente en el tiempo libre o los espacios intersticiales de la vida institucional.

Las tribus urbanas tienen una estrecha relación con la moda y la experimentación de fuertes emociones internas, vividas al interior del grupo y que parten de nuevas formas de construcción de lo social. Lo que buscan básicamente, vivir con el grupo.

Las tribus urbanas son una manifestación más de la vida social en Guatemala, son una especie de familia "por mi barrio vivo, por mi barrio muero", una expresión de la articulación de los resabios de la guerra, las políticas de deportación, la desigualdad, la nula inversión que el Estado guatemalteco ha hecho por la niñez y la juventud, la cual hoy representa más de la mitad del país.

Las tribus urbanas o bandas juveniles generan **sentido de pertenencia** y **cohesión** entre los miembros, se crean reglas, normas de convivencia. Otorga un sentido de existencia, genera redes de solidaridad y un escenario operativo de socialización.

Deborah Levenson realizó uno de los primeros acercamientos etnográficos a las bandas juveniles en Guatemala en 1988, ella observó cómo estos jóvenes simbolizan para la opinión pública la decadencia social del país, sin entender que “son una expresión de clase”, en un contexto en el que se han destruido los proyectos sociales urbanos por el régimen del terror. Señala también cómo son vistas como un peligro para el status quo porque perturban el orden estamentalista de la sociedad guatemalteca, “ese código no escrito que establece que cada quién debe permanecer en su clase” (Camus, 2005).

Rosana Reguillo (2000), señala que la calle es antagonista de la escuela o la familia, y los jóvenes allí son ajenos a cualquier normatividad; esto ha limitado el análisis de los valores de la cultura tradicional (aceptación pasiva de la realidad o machismo, por ejemplo) vigente en muchos colectivos juveniles. Las prácticas del lenguaje, los rituales de consumo cultural, las marcas de la vestimenta, al presentarse como diferentes y en principio críticas, han sido presentadas como evidencias del contenido liberador de las culturas juveniles, sin ponerlas en relación al contexto histórico; que, cómo se puntualizó en la década de los ochenta y noventa, mientras se (des)configuraba el poder económico y político que se conocería como neoliberalismo, los jóvenes se volvieron prácticamente *invisibles* en el terreno político, y comenzaron a ser pensados como responsables de la violencia urbana.

Reguillo argumenta que las distintas formas de adscripción identitaria en las bandas juveniles, contienen una dimensión **simbólica y política** en la que los sujetos particulares producen su reflexión sobre el orden social. Estas identidades tienen en común la permanencia de un desencanto cínico que los mantiene cuestionando el sistema, sin fatalismos y sin excesivo entusiasmo, expresados con humor e ironía en espacios públicos limitados (la colonia, el concierto, la fiesta, el parque).

La cultura marera o de bandas juveniles se va imponiendo en las calles, ser miembro de una *clika*, supone ciertos rituales y el aprendizaje de formas culturales (signos) específicos para cada mara. Esta cultura callejera se entiende según lo indica en sus estudios el antropólogo Philippe Bourgois (2002), como contestataria o de resistencia y antisistema pero sin contenidos ideológicos. La mara no tiene ideología, no cree en una utopía sino en una especie de presente inmediato: la “vida loca”.

Aunque tiene origen en las realidades específicas de los países de la región, también se vincula con los problemas de las comunidades de inmigrantes centroamericanos que hay en EEUU.

Los cálculos sobre la cantidad de integrantes de pandillas son variados: desde 25.000 hasta 300.000 pandilleros activos en Guatemala, El Salvador y Honduras.

Las dos más conocidas: Mara Salvatrucha o MS-13 y la pandilla de la Calle 18.

Estas dos pandillas se formaron con inmigrantes centroamericanos en Los Ángeles a principios de la década de los 80 a través de las políticas de deportación “*three strikes you are back*”, desde allí, volvieron para diseminarse en América Central.

La PNC calcula unos 8 mil pandilleros, agrega unos 30 mil simpatizantes; el FBI establece 14,000 pandilleros; mientras una ONG estima que entre integrantes y simpatizantes suman más de 70 mil (Pandillas juveniles transnacionales en Centroamérica, México y Los Estados Unidos).

Por otro lado, las bandas juveniles pueden llegar a reemplazan también la falta de plataformas sociales para el desarrollo de la persona, es decir la falta de educación, salud, vivienda y socialización.

V. Represión y políticas de mano dura

En toda Centro América se han implementado políticas represivas y antimaras. Estas políticas de de “mano dura” no sirven para nada, puesto que generan más violencia, y debilitan las garantías del respeto por los derechos humanos y del debido proceso.

Los proyectos de investigación y la experiencia práctica demuestran que la prevención es la manera más efectiva y menos costosa de reducir la actividad de las pandillas.

Los gobiernos deberían priorizar medidas de prevención como parte de una estrategia coordinada entre prestadores de servicios, fuerzas policiales, instituciones públicas, escuelas, comunidades y familias. Es necesario que los gobiernos inviertan en prevención y que le asignen recursos presupuestarios.

En la Cumbre Internacional del Cumplimiento de la Ley sobre Pandillas Transnacionales realizada en Washington D.C se llegó a las siguientes conclusiones: Sin prevención no puede haber un cambio real en la sociedad.

La política de represión o “ley de mano dura” está sujeta al gobierno de los **EEUU** , después del 11 de septiembre hacen énfasis en el control de pandillas, el terrorismo y el narcotráfico y, utilizan una represión más selectiva , dijo a Inforpress **Francisco García** , analista del Instituto Centroamericano de Estudios Políticos (**INCEP**).

Por el contrario, en países como Panamá, Costa Rica y Nicaragua el fenómeno pareciera tener menos impacto y los indicadores de grupos organizados con nexos al crimen organizado y el narcotráfico no son tan evidentes.

Según analistas, en el caso de Nicaragua las redes de narcotráfico y crimen organizado no han logrado socavar las instituciones públicas y de seguridad.

VI. CAUSAS, REPRESIÓN Y RETOS

Las pandillas transnacionales que afectan Latinoamérica tuvieron sus orígenes en el sur de **EEUU**, en áreas marginales y barrios pobres. La migración, la deportación y el terrorismo como política de Estado favoreció la expansión de este fenómeno transfronterizo.

La formación de los grupos paralelos o “poderes ocultos”, que actúan en función del control de actividades lucrativas o en defensa de intereses macroeconómicos, son parte del poder de represión y de control social.

Según el libro, *Poderes Ocultos en la Guatemala Post Conflicto*, elaborado por **WOLA** en diciembre de 2003, estos grupos laboran en conveniencia del control del tráfico de drogas y armas, lavado de dinero, robo de automóviles, redes de adopción, secuestros, explotación ilegal de madera de tierras protegidas y conspiran para monopolizar sectores legales como la industria del petróleo.

En ese contexto, **Fernando García**, presidente de la Organización Iberoamericana de la Juventud (**OIJ**), estima que los jóvenes son vulnerables y quedan a merced de estos grupos.

El reto para los gobiernos es formular políticas de prevención y de inclusión, para ayudar a quienes quieren salir y evitar que otros se involucren, dijo.

El problema, según **García**, para el caso de Guatemala, es que el sistema de justicia no funciona, permitiendo a estos grupos actuar indiscriminadamente.

La opción que tienen los jóvenes para salir de las maras es incluirse a un grupo religioso o salir del país, dijo **García**.

Meylin Calero, diputada de la Comisión de la Mujer y la Juventud del Parlamento Centroamericano (**PARLACEN**), señala que el discurso represivo y la política de “mano dura” limitan y, en cierto sentido, causa temor en los jóvenes que buscan defender sus derechos y orientar su vida productivamente.

Calero señala que la orquestación neoliberal para reprimir la organización juvenil promueve la descomposición social, desarticula las bases ideológicas y promueve el surgimiento de poderes paralelos que violentan los acuerdos de paz firmados por los países que salvaron guerras internas.

Los grupos de limpieza social y escuadrones de la muerte que actuaron en el pasado, mantienen su estructura paralela a las fuerzas gubernamentales, y según analistas su actuar es más sistemático.

La agencia de información Cerigua, cita datos del “Informe sobre la Situación de los Derechos Humanos y la Situación de Violencia durante enero 2007”, del Grupo de Apoyo Mutuo (**GAM**), en los que se documenta que en lo que va del año se han registrado 145 casos de ejecuciones extrajudiciales.

Similar situación viven las 19 cárceles de El Salvador, las cuales albergan 14,700 reos, más del doble de personas en relación con su capacidad instalada. El motín de pandilleros en la cárcel de máxima seguridad Apanteos, ocurrido a principios de año y en el que hubo 20 muertos, indica un posible plan de limpieza social.

Mitos y realidades

Las maras compiten entre sí por motivos de territorialidad y poder. De ahí que cada una haya construido sus propias contraseñas y códigos visuales, y tenga en su haber todo un imaginario de leyendas y hazañas con las cuales alardear y hacerse temer, expone DeCesare, y apunta: “la mara Salvatrucha no es ni más ni menos violenta o temible que cualquier otra. Mi sospecha es que los Salvatruchas crearon un mito de sanguinarios alrededor de sí mismos para poder sobrevivir en la cárcel, cuando cayeron presos los primeros pandilleros salvadoreños y las maras mexicanas dominaban las prisiones de Los Ángeles. En aquel tiempo los salvadoreños eran, en realidad, un grupo minoritario y muy vulnerable. Lo que pasa es que, cuando se es miembro de una pandilla, cualquier rumor de que uno es temible es útil para la supervivencia, y conviene hacerlo pasar por cierto aunque en realidad no lo sea”.

El término Salvatrucha inicialmente se refería a la comunidad salvadoreña residente en los Ángeles (más adelante la MS pasó a convertirse en una importante pandilla en Los Ángeles, y sobre todo en América Central); su nombre evoca a esos peces que se caracterizan por nadar contracorriente para desovar en las aguas del Norte. Sin embargo, según la policía, el grupo de pandilleros hispanos más grande de Los Ángeles es la de la calle 18. Otras maras globales de considerable importancia son la Mexican Mafia (llamada M ó 13, por ser la letra M la número 13 en el alfabeto) y Nuestra Familia (llamada también mara N ó 14).

¿Qué significan los tres puntitos tatuados en la oreja, en la ceja, en el brazo o en la mano?, le pregunto a DeCesare. “Significa que se es miembro de una mara, y simboliza la vida loca que algunos asocian con sexo drogas y rock and roll”.

¿Y qué significan las lágrimas tatuadas cerca de los ojos?, insisto. “Bueno, eso puede significar dos cosas. Algunos pandilleros se tatúan una lágrima por cada año pasado en la cárcel. Para otros, cada lágrima equivale a una venganza consumada con la muerte”.

VII. Salirse de la Mara

La opción que tienen los jóvenes para salir de las maras es incluirse a un grupo religioso o salir del país.

Muchos pandilleros al abandonar la pandilla se ven expuestos a ser exterminados. Deben pedir “derecho de quebrada”.

(hablar desde la propia experiencia de haber llegado a trabajar a Madrid, de dejar la vida de la Ciudad del Sol).

No hay recetas o fórmulas mágicas para abordar la cruda realidad en la que se inscriben miles de jóvenes hoy en Guatemala, ahí la necesidad de reflexionar, participar y debatir este fenómeno para lograr una mayor comprensión de la juventud inmersa en estas esferas sociales desfavorables.

Es necesario un sistema económico democrático, en el que quepa toda la juventud con acceso al consumo y al empleo. Las maras reclutan a sus miembros brindándoles una plataforma existencial, cohesiva, cultural e identitaria, por lo que también se hace necesario reconstruir el tejido social de Guatemala.

El Estado guatemalteco debe de desarrollar una política coherente que combine prevención de violencia juvenil y rehabilitación. La creación de esta política deberá tener en cuenta el contexto histórico-político del que ha surgido el fenómeno, así como las causas estructurales que hacen a miles de jóvenes dar sentido a su existencia de la manera que lo hacen. Se deberá atender a este fenómeno como producto de una problemática socioeconómica mayor que radica en la misma esencia del sistema de producción y distribución del capital concentrado en pocas manos.

Es necesario salir de la estigmatización que constantemente reproducen los medios de comunicación, y ver este fenómeno social como lo que es: la esencia del desigual sistema socioeconómico de Guatemala, el resultado de una globalización asimétrica, políticas de deportación y el pasado de guerra que sigue habitando a Guatemala, es decir, las maras y la Cultura del Terror son parte de los efectos de la guerra y también un fenómeno social de la posguerra.

VIII. Pandillas y medios de comunicación

En este período de Globalización, la articulación de las identidades en las sociedades se ha transformado: son ahora los medios masivos de comunicación, mediante la implementación de iconos ideológicos en la conciencia de amplísimos conglomerados con culturas híbridas los que dictan los paisajes de referencias para los individuos y colectivos.

Los medios de comunicación construyen a los “mareros” de manera amarillista y sensacionalista. Les estigma como “demonios”, “salvajes”, y de alguna manera los jóvenes responden a ese estigma.

En Guatemala los medios se han encargado de difundir la errada idea que el 100% de la violencia es responsabilidad de las maras, sin entrar en un análisis estructural, es decir con razonamientos históricos, culturales, sociales y económicos.

Esta satanización mediática que hacen los medios responde a una lógica social de exclusión, estos significantes de alteridad han sido incorporados por los mismos jóvenes en pandillas y re significados en emblemas de orgullo. Por ello la construcción que hacen los medios de comunicación es contraproducente.

En recientes declaraciones del ministro de gobernación, salió culpando a un marero de la mara dieciocho de los asesinatos de choferes a pesar de que no brinda evidencias al respecto. Ello ejemplifica cómo desde el sector político y oficial se culpa a los mareros de ser los responsables de la insoportable situación violenta del país.

IX. Iniciativas alternativas para trabajar sobre la violencia: Centro de alcance: Por mi barrio en la colonia Ciudad del Sol

Cuenta Cristy que el ocho de agosto de 2006 se abrió el centro “Por mi barrio”, en la colonia Ciudad del Sol. “Los primeros meses fueron de gloria, porque había apoyo, había financiamiento, pero luego de seis meses USAID quitó el financiamiento, así que nosotros fuimos a buscar apoyo a la Municipalidad de Villa Nueva”.

“Yo siempre había sido una persona hostil, aunque era madre, yo no sabía tratar a los niños, ni acercarme a ellos, a lo que ellos son. Poco a poco fui aprendiendo y le comencé también poco a poco a encontrar el sentido de estar aquí. Por que antes yo no le hallaba el sentido de estar acá, ni de tener paciencia o darles cariño a los niños”.

El centro “Rincón Joven” a cargo de estos ex pandilleros, hoy “constructores de sueños” huele a almendra y jabón. La fabricación de los desinfectantes sirve para la sostenibilidad del lugar, Sammy y Cristy capacitan y acompañan a muchos niños en la Ciudad del Sol, una población joven víctima de la deportación, la marginalidad y la pobreza. El esfuerzo de Sammy y Cristy es que lleguen más jóvenes al centro. Su utopía que hayan más oportunidades para los niños de escasos recursos para que estos queden fuera del riesgo que implica crecer y vivir dentro de la pandilla.

El esfuerzo de estos jóvenes en búsqueda de sí mismos y de sus sueños para las transformaciones sociales merece formar parte del mundo que soñamos construir. En ese mundo debe de caber el esfuerzo que hacen día a día Sammy y Cristy al dar su tiempo dando talleres y capacitaciones a los niños de la colonia en la que un día delinquieron y vendieron droga.

Dice Samuel: “Al nuevo gobierno le pediríamos apoyo a la juventud, no exterminarlos, sino programas de prevención. Todos necesitamos una oportunidad. Enseñarles que ellos valen. Talento hay lo que hace falta, son oportunidades, por ejemplo, El Lazy (pandillero activo) es un gran DJ, él podría hacer muchas cosas, pero como no hay oportunidad no se hacen las cosas. Creo que a los jóvenes para mejorar su auto- estima, hay que hacerlos valer, y que sean escuchados en sus sueños y necesidades.”

Dice Cristy sobre el Rincón Joven “Por mi barrio”: “es un proyecto tan grande para un lugar tan pequeño”. Le comencé a hallar sentido a esto cuando los niños me contaban sus historias, cuando se acercaban a mí, cuando yo veía que yo podía hacer un cambio en ellos, que la transformación y el cariño eran posibles. Cuando no abrimos el centro, extraño la bulla, a los patojos, la alegría. Yo estoy dando lo que a mí no me dieron: cariño, protección, un sentido de pertenencia. Juego y risas y es aquí mi oportunidad de vivir la niñez que no tuve”.